

# *Lo universal en lo particular. Una conversación con Leopoldo Zea*

**Carlos Pereda**

*Si Leopoldo Zea tuviese que elegir a sus maestros, éstos ¿quiénes serían?*

En primer lugar escogería a quien fue realmente mi maestro, José Gaos. Me formé con él, le debo sus enfoques, su aliento. Gaos me enseñó a ver mi realidad como parte de la realidad universal; con él aprendí yo a ubicar lo particular en lo universal y lo universal en lo particular.

*Gaos tuvo también otros discípulos...*

Claro que sí, muchos otros y muy distintos. Por ejemplo, Gaos inspiró también a los hegelianos. En cambio, yo me comprometí con reflexionar auténticamente sobre mi realidad; y así, lo que hago es realmente filosofar, y si no es filosofar lo que hago, pues lo siento mucho.

*Usted comienza su trayectoria con un libro ya clásico: El positivismo en México. Poco a poco, sin embargo, abandona en algún sentido la historia de las ideas en México y, en general, en América Latina, para dedicar sus esfuerzos a construir lo que se podría llamar una "Filosofía latinoamericana", por ejemplo, la filosofía que se desarrolla en América como conciencia. ¿Qué le impulsó a ello?*

Regresemos con mi maestro Gaos. Según él, lo que yo tenía que hacer era reflexionar sobre mi mundo, sobre mi realidad concreta. Recuerdo que yo le había planteado que quería hacer una tesis sobre los sofistas griegos, me interesaban mucho por aquello del hombre como medida del hombre. A lo que Gaos me dijo: "Puede hacer un buen trabajo, es usted muy inteligente, pero lo que usted haga aportará poco o nada a lo que se ha dicho sobre el tema a nivel mundial. ¿Por qué no toma un tema que nadie haya tocado, un tema de su

región, de América Latina? Un tema sobre cómo ha sido recibida determinada filosofía entre nosotros, por ejemplo, el positivismo en México. Si usted es malo, de cualquier manera aportará algo, y si es bueno, su aporte será fundamental". Entonces, por ahí tomé el rumbo de la historia de las ideas. Luego me dediqué a hacer una historia de esta problemática a nivel de Latinoamérica. El mismo Gaos en una carta me dice: "en su libro, cuando usted formula una historia de la filosofía en América Latina, usted ya está haciendo una auténtica filosofía universal". De esta manera, pasé de la historia de las ideas a la filosofía de la historia.

*A veces se ha objetado a quienes intentan desarrollar una "filosofía latinoamericana" que cometen lo que se ha llamado la "falacia genética". Esto es, ¿en qué sentido la geografía y la historia de un pueblo condiciona o determina su filosofía? Por ejemplo, suele recordarse que Kant no es un filósofo estrictamente alemán sino un pensador universal. ¿Qué hay de particular y de universal en la filosofía?*

El punto de partida de quien piensa es siempre el hombre concreto. Kant no era un "hombre en abstracto", no pensaba "en universal". Kant partía en su pensamiento de problemas que tenía como alemán y como europeo, por ejemplo, se preguntó si tenía sentido plantearse ciertos problemas en los términos de la metafísica tradicional. Y al enfrentarse a ese problema, surgido en cierta tradición, ofreció una respuesta universal. Lo que digo de Kant puede decirse de Platón, de Aristóteles, de Hegel. Esta es la regla de oro de la filosofía: partir de problemas propios, concretos y luego, buscar lo universal que puede haber en ello.

*¿Qué parecidos y diferencias encuentra usted con un libro muy leído que, en algún sentido, posee ciertos vínculos con su propia obra, El laberinto de la soledad?*

Creo que cuando Octavio Paz escribió su libro se encontraba dentro de la temática de búsqueda de la identidad, temática que había introducido Gaos con el antecedente de Samuel Ramos y, también, de Vasconcelos. Paz enfoca el problema de la identidad del mexicano con la perspectiva del gran literato que es. Y coincido con él cuando señala que en la soledad nos encontramos todos los hombres, y que hay formas de llegar a lo universal que es por lo interno, "por debajo". En lugar de esperar, como los europeos, que se dé una universalidad "de arriba", los latinoamericanos la encontramos "por debajo": encuentro la universalidad en mi propia identidad. Quiero decir, en mi identidad me topo con otras identidades semejantes, hallo que hay otros hombres que tienen pro-

blemas como yo: problemas como los que poseen todos los hombres en todos los tiempos. Lo cual quiere decir que hay problemas comunes y soluciones comunes para todos los hombres. Pero esos problemas y esas soluciones hay que buscarlos “desde abajo” y no “por arriba”. No soy universal abstractamente; no, soy hombre que está trabajando en y con una realidad concreta, y la solución que yo le dé a mis problemas concretos tal vez pueda ayudar a las que les den otros hombres concretos a sus respectivos problemas. Defiendo, pues, la universalidad “de abajo” en contra de la universalidad “de arriba” del idealismo europeo.

*¿Cómo Ortega, cómo Ramos?*

Cuando llegaron los exiliados de la República Española yo ya había tomado varios cursos con Ramos. Ramos me mostró un Ortega muy distinto. Para mí, hasta ese momento, Ortega había sido un literato. Porque yo, como tantos otros en América Latina, entré en la Filosofía por la vía de la Literatura. Me inscribí en Mascarones, en Filosofía y Letras, a la carrera de Literatura. Recuerdo que tomé un curso con Salazar Mallén sobre Valle Inclán, Pío Baroja y Ortega. Ahí leí al Ortega literato. Pero cuando Ramos dio un curso sobre Ortega de inmediato descubrí que él me podía dar lo que yo esperaba para justificar mi propio enfoque. Por lo demás, Samuel Ramos es para mí un gran antecedente. Ramos tenía entonces la problemática del *Perfil del hombre y la cultura en México*, que Gaos vino a demostrar que era un problema que también estaban, en ese momento, retomando los españoles, como era el caso de Ortega. Para mí es precisamente ese “salvar las circunstancias” lo que une a mis maestros mexicanos, entre ellos, a don Antonio Caso y a Ramos, con los maestros españoles que llegaron con el exilio, concretamente, con Gaos.

*Hablando de otras filiaciones, ¿cómo se sitúa usted con respecto a la tradición de la filosofía de la liberación latinoamericana y su influencia, tan peculiar, de una convergencia entre el marxismo y la teología cristiana?*

Para empezar, toda filosofía es filosofía de liberación, ya que permite al hombre tomar conciencia de su contorno natural y social, su situación y, a partir de esta toma de conciencia, libremente, de acuerdo con esas posibilidades y obstáculos, actuar. He tratado de reflexionar en este sentido y, al parecer, he tratado problemas como los que plantea la filosofía de la liberación y la sociología, que hace algunos años se planteó el problema de la dependencia. La relación, si existe, no ha partido de mí. Entiendo que a algunos de los filósofos de la liberación les moleste que se me señale como antecedente.

Cuando se realizó en México el Congreso de Americanistas, me encontré con mi fraterno amigo Darcy Ribeiro. El sociólogo alemán Gunther Frank fue a saludar a Darcy; éste, con su estilo muy propio me presentó a Gunther Frank y le dijo: “¡Gunther dile a Zea cómo han utilizado ustedes el problema de la dependencia que él expuso en su libro *América como conciencia!*”. Ciertamente el problema de la dependencia me ha preocupado centralmente por lo que se refiere a México y la América Latina y éste trae consigo el problema de la liberación. Quizá sea ésta mi relación con la filosofía de la liberación. Pero una filosofía de la liberación que encuentra en Marx argumentos de confrontación no me parece muy liberadora. La confrontación es parte de la dialéctica, pero esto debe conducir a una nueva síntesis o a su conciliación.

*Explíqueme más ampliamente esto.*

El escritor y crítico estadounidense José Luis Gómez-Martínez ha hecho un libro titulado *Ortega y Gasset y la formación de una conciencia iberoamericana*. Habla de las influencias de Ortega en América Latina y se refiere al final del mismo a mi filosofar, dice textualmente: “la superación del estado de confrontación la inicia el mismo Zea”. Se trata de reconocer al otro el derecho a expresar su propio discurso; en lugar de enfrentarlo para negarlo se trata de comprenderlo para hacerse comprender. “Todo hombre ha de ser centro y, como tal, ampliarse mediante la comprensión de los otros hombres”, no se trata de destruir sino de construir o reconstruir.

*¿Podría usted elaborar un poco esa consigna; en lugar de destruir, construir?*

Lo haré en relación con la teología de la liberación, que siempre había sentido cercana a mis reflexiones. El teólogo de la liberación, el peruano Gustavo Gutiérrez, con el que me encontré en 1984 me dijo: “maestro, usted ni se acuerda de mí, yo era un estudiante de medicina en 1951, entonces lo escuché y quiero decirle que lo que vengo haciendo es en parte culpa suya”. La reiteró en Chihuahua, hace poco tiempo. Platiqué con él y nos entendimos, y más que nunca sentí esa teología como algo propio. Me preocupó mi encuentro, el pasado 1994, con el teólogo de la liberación, el brasileño Leonardo Boff. Asistíamos a una reunión convocada por la UNESCO en Río de Janeiro sobre problemas de la tolerancia. Fue muy afectuoso conmigo, me dio un libro suyo con la dedicatoria siguiente: “al profesor Zea, maestro que nos enseñó la universalidad desde América Latina”. Lo que me preocupó fue su ponencia. En ella habló de dos culturas, la depredadora del mundo capitalista, desarrollado, que va a desaparecer y la cultura natural del hombre que

se adapta a la naturaleza sin destruirla, y ella le provee lo que necesita. Ésta es la esperanza del futuro, la que está expresa en el mundo indígena en el que queda también incluido el negro traído de África para su esclavización. Me recordé del “Buen Salvaje” de Rousseau. Ésta era la cultura que había que precaver impidiendo que se contaminase con la brutal cultura capitalista. Pensé inmediatamente en las reservaciones estadounidenses para preservar la identidad de los pieles rojas o el *apartheid* de Sudáfrica para preservar igualmente la identidad de los negros, como los blancos deben preservar la suya. La reacción de un asistente negro al congreso fue inmediata: “Padre, le dijo, usted no me puede mandar a la selva, me niego a ir, mientras tenga vida esa cultura tengo derecho a compartir sus frutos. Yo y mis antepasados hemos trabajado mucho por ella y tenemos derecho a gozar de sus frutos que también son nuestros, ya que los originaron nuestra explotación y nuestro sacrificio”.

La confrontación es rechazada y se busca la conciliación por la que todos los hombres, sin discriminación alguna reciban, por derecho, por justicia, lo que corresponde en un equilibrado reparto de sacrificios y beneficios.

*Concretamente, ¿cuál es su relación con la filosofía de la liberación en México?*

De los filósofos de la liberación en México solo conozco a Enrique Dussell y a Horacio Cerutti. El primero está más en la línea de la confrontación en supuesta defensa de la identidad de algunos hombres. El segundo, me parece, va en la relación conciliadora. Así lo ve José Luis Gómez-Martínez. Pienso que a ningún hombre hay que marginarlo del desarrollo que a su vez, si ha de continuar y no destruirse, tendrá que ser compartido. Cuanto mayor sea el número de hombres que compartan sus frutos más posibilidades tendrá de sostenerse.

*Regresemos a la historia de las ideas. ¿Qué figuras rescataría como conformando la herencia más fecunda de la tradición filosófica mexicana y, en general, latinoamericana?*

En México, centralmente la figura de Vasconcelos, con su visión grandiosa de una “raza cósmica”, idea que se empieza a discutir en muchas partes. En los Estados Unidos la idea de la “raza cósmica” les hace tomar conciencia de algo de lo que no tenían conciencia y la necesidad de conciliar culturas distintas. De otra forma se acaban matando los unos a los otros, como sucede en Yugoslavia. Felizmente, nosotros tenemos una experiencia de siglos de convivencia de razas y de culturas. Fuera de México, en América Latina tenemos que rescatar figuras como las de Martí, Rodó y la del peruano Mariátegui. Pensadores que

han enfrentado los problemas desde su realidad, y les han dado soluciones que pueden ser compartidas por todos los hombres. Bolívar es una figura extraordinaria por su discurso político en que la diversidad se integra en una comunidad conciliadora.

*¿Cuáles considera Leopoldo Zea como los aportes fundamentales de su obra a lo que se ha llamado “filosofía sin más”? Creo que es una expresión del peruano...*

No, es una expresión mía.

*Ah, perdón.*

No se trata de hacer una filosofía mexicana, ni latinoamericana. De lo que se trata es de filosofar. Hay que hacer filosofía sin más. No hay que pensar si estoy pensando como mexicano o argentino. Tengo que pensar los problemas como los piensa todo filósofo; sin pretender ser universal. Partir de la realidad y buscar la universalidad “desde abajo”. Buscar y comprender a otros hombres y tratar de que ellos me comprendan. Partir del concepto de *logos* en sus dos acepciones: como capacidad para comprender y como capacidad para comunicar. Por el diálogo rompo mi soledad. Hay que superar la tradición filosófica de “yo pienso luego existo, y la existencia de los otros depende de mi existencia”. Debemos pensar que mi propia existencia, depende, a su vez, de que yo sea pensado y comprendido por los otros. Existo porque los otros existen y ellos existen porque yo y otros existimos.

*Maestro Zea, muchas gracias.*